

DETRAS de la REVOLUCION: VILLISTAS contra CARRANCISTAS



MI madre había decidido permanecer en la hacienda para defenderla, y ya, recién salido del Instituto Científico de México...

Además, Villa, a pesar de su incultura, era un psicólogo intuitivo; por eso, cuando pasaba en su tren militar tan lujoso como el de un emperador...

En el campo la realidad era que los villistas no habían robado ni destruido y por esto y por la fascinante personalidad de Villa, eran queridísimos.

Por la vía férrea avanzaban uno tras otro, en línea infinita, los trenes militares en que viajaban las infanterías, los Estados Mayores de las brigadas y las impedimentas.

La movilización era un espectáculo muy pintoresco, pues todos los vagones estaban pintados caprichosamente y no faltaba en ellos el letrero indicando su uso y la brigada a que pertenecían.

El avance de las tropas tuvo que detenerse en Trinidad, una estación sobre la vía férrea situada entre Silao y León.

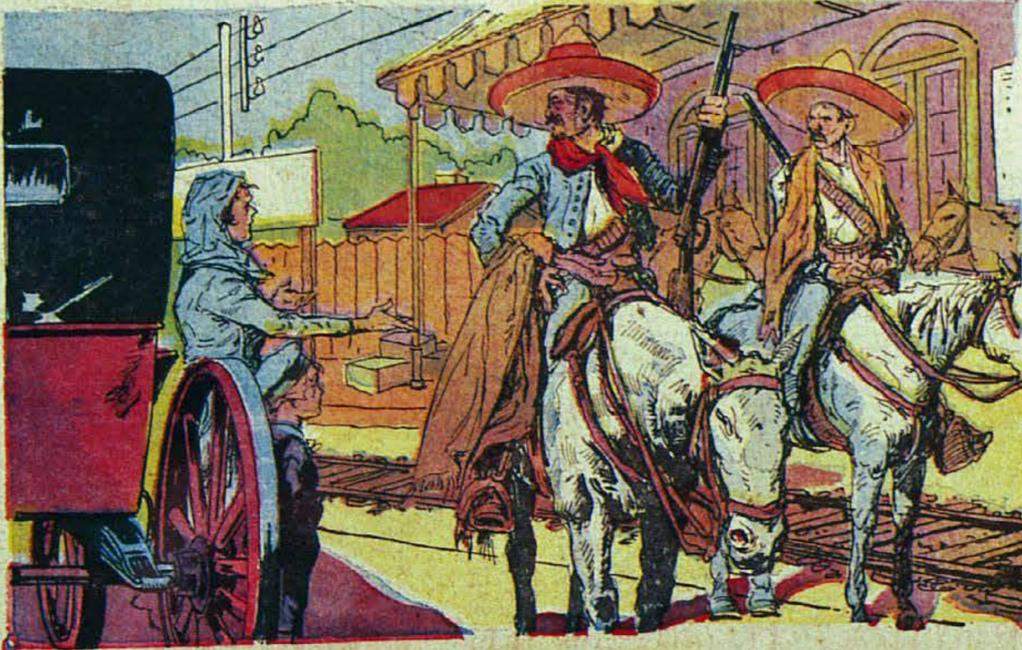
Nosotros, en la hacienda, desde el avance carrancista, comenzamos a sufrir toda clase de angustias.



fuego cómodamente un centenar de hombres. Así, desde esa altura, nosotros dominábamos toda la propiedad que se extendía en la llanura...

Desde aquella ocasión yo quedé convencido de que mi madre la llevaba bastante bien con los santos, pues las tropas no llegaron a ocupar permanentemente nuestra hacienda.

Mi madre y yo, como toda la familia, habíamos sido ardientes partidarios de don Francisco I. Madero y después de Carranza, su vengador y el reivindicador del ideal democrático del pueblo.



tado en la dentadura, que contenía unos cuantos remiendos de oro. Naturalmente, después de semejantes sucesos nuestra simpatía por Carranza era apasionada...

Sin embargo, a pesar de toda nuestra buena voluntad de amar a los carrancistas no podíamos menos que temerles horriblemente, pues el soldado inconsciente y brutal no diferenciaba el amigo del enemigo.

La escolta que quedó al cuidado de la caballería estaba mandada por un sargento que apenas contaría quince años, pero que le habían sido más que suficientes para convertirlo en un perfecto bandido.

La situación, por lo tanto, hacíase insostenible. A los cuantos días de haber sido ocupada la región, comenzaron a ocurrir los fusilamientos de campesinos...

El día en que abandonamos la hacienda era una gran día luminosa que reventaba de tan madura. Después de una leve lluvia nocturna, la yerba alzaba más verde y olorosa...

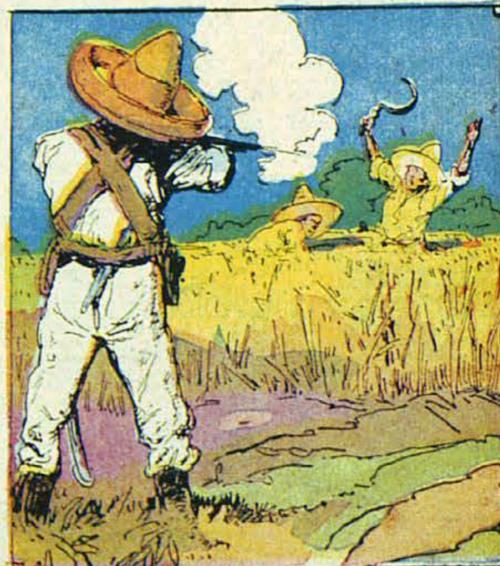
Nosotros emprendimos el viaje en un viejo coche tirado por un par de mulas de carro que por suerte nos habían dejado.

Por el camino encontramos continuamente a soldados que nos saludaban militarmente creyendo que se trataba de la familia de algún oficial.

Ya cerca de la estación de Silao, nos detuvo un sargento de rostro patibulario y ademán criminal, que estaba apostado con unos soldados a caballo en el rodeo del camino.

El cochero iba a contestar, pero mi madre le interrumpió: Venimos de nuestro rancho, señor sargento!

No, sargento, por el contrario, está ocupado por los carrancistas.



—¡Ah! ¡Güeno!, pos ahora me van a mostrar el alvó conducto.

—Pero, ¡qué salvoconducto!

—¿Cómo que cuál, pos eso pa andar en coche...

—Pero, sargento... si venimos del rancho, ¿cómo hemos de traer salvoconducto?

—Pos esa nomás jué la de malas, porque se me van a apias pronto; ahora mesmo se me estaba ofreciendo un coche.

—Pero eso no es posible, sargento, no sea malo, ¿cómo quiere mandarnos a pie hasta la ciudad? Además, usted no puede hacer eso con nosotros, que hemos sido siempre partidarios de Carranza.

—No señora, la ordenanza es una cosa muy derecha, a mi me han dicho que aquí no pasa nada sin salvoconducto y no he nada que hacerle. ¡Ansina que váyase bajando, que necesito a coche!

No había remedio; ya dos soldados tiraban a las mulas por los filetes. Bajamos. Mi madre quería llorar de rabia.

—Eso se saca uno por ser partidario de bandidos, porque esa es lo que son ustedes, sinvergüenzas...

Las sirvientas, asustadas, trataban de cubrir a mi madre, que esgrimía como un arma su parasol blanco.

—¡Ah, qué señora!, no ve que si fuera enemiga la cañones, bamos el coche, pero como es amiga nos lo regala...

Ilustración de PEDRO ROJ



SORAZABAL

de las 16.20, y comunicaba sus aprehensiones a los curiosos; sus palabras fueron oídas por un inspector que lo invitó a entrar en la oficina, donde le mostraron los objetos encontrados que él reconoció como pertenecientes a su ama.

Volvieron entonces con él a inspeccionar el vagón trágico. Hallaron una tarjeta con el nombre de la señora de Versi, y una toalla con sus iniciales.

Así desde el comienzo de la encuesta no podía subsistir ninguna duda: había sucedido un drama, y la señora de Versi era la víctima; el cochero fué interrogado.

—Mi ama — explicó — es una rentista de una cincuenta de años; los martes, jueves y sábados va a Rouen para visitar una pariente enferma, y vuelve siempre a la misma hora.

Luego dió informes sobre la familia de la víctima y la dirección de sus tres hijos. El comisario registró su declaración, mandó prevenir los hijos, y telegrafió a todas las estaciones entre Le Havre y París para las averiguaciones necesarias.

Apenas llegaron los telegramas a las diferentes estaciones, se dió comienzo a las investigaciones que al principio no dieron ningún resultado; solamente a las 20.30 el jefe de Elbeuf anunció el descubrimiento de los restos de un cadáver femenino sobre la vía, a 400 metros de la estación, debajo de un viaducto. El cuerpo había chocado contra un pilar; el tronco estaba intacto, pero la cabeza estaba completamente deshecha, una mano y un brazo faltaban. Este cadáver se encontraba en el Km. 41.500. Se seguían otros descubrimientos: un sombrero en el Km. 41.454; un manguito en el Km. 41.414; una cartera y una corbata en el Km. 39.700; en fin una estola de piel en el Km. 39.500.

La familia fué inmediatamente informada de estos macabros hallazgos y los hijos fueron invitados a presentarse a la comisaría para las formalidades de identificación. Los hijos, como el cochero reconocieron los objetos y se convencieron como todo el mundo de que se trataba de un accidente porque su malograda madre estaba eujeta a hemorragias nasales.

—Viajando sola, a pesar de nuestros cariñosos consejos — dijeron — y sintiéndose indispuerta, seguramente había sacado de su cartera esta toalla con sus iniciales; luego, aumentado su malestar y queriendo reanimarse con el aire, se asomó a la puerta que mal cerrada cedió bajo su peso; y entonces cayó, chocando su cabeza contra el viaducto, bajo el cual el tren pasaba en ese instante.

Esta tesis, muy defendible, fué fácilmente admitida. Quién habría dudado de su verosimilitud? Estaba apoyada además por el informe del médico, quien previo examen del cadáver, había llegado a la conclusión de que se trataba de una muerte accidental.

En consecuencia, todos en el departamento de policía, esta-

ban dispuestos a clasificar, como esclarecido ese asunto insignificante.

Fué entonces, cuando desprecando la opinión unánime, un agente de investigaciones emitió algunas dudas que fueron muy mal acogidas.

Cuando el agente Cornouailles llegó a la estación, eran ya las 18, más de una hora después del sangriento hallazgo; la visita del compartimento había ya tenido lugar y habían sido llevados los objetos encontrados.

A pesar de eso, apenas se acercó al vagón, fué sorprendido por el estado de la puerta: la manija había sido forzada, y comprendió que alguien había cerrado la puerta antes de que el tren entrase en la estación.

Interrogó entonces a los dos empleados quienes le aseguraron que estaba cerrada.

—Pero la manija está forzada, — observó.

—Sí, pero el pestillo estaba puesto en su vaina.

Les hizo repetir esta importante declaración y convencido de que una mano ajena, después de la caída de la pobre señora sobre la vía, había cerrado la puerta, corrió a informar sus jefes de esta constatación; fué recibido con una indiferencia bien marcada.

—La puerta se cerró sola, — le dijeron.

Comprendió que era necesario demostrar esa imposibilidad a sus jefes; fué a Elbeuf y al sitio donde el cuerpo mutilado fué recogido.

Allí observó una raspadura reciente en el revestido del primer pilar del viaducto; algo había chocado violentamente y no podía ser otra cosa que la manija de la puerta abierta, aquella manija que estaba forzada.

Entonces la puerta estaba abierta antes del pasaje del tren en la estación de Elbeuf, y el asesino, temiendo ser sorprendido, se había desembarazado de su víctima antes de llegar a la estación.

Cornouailles estaba convencido de que se trataba de un asesinato, pero había que demostrarlo. De repente se dió cuenta de cómo la manija de la puerta abierta pudo chocar con el pilar del viaducto: una curva muy pronunciada hacía inclinar el vagón, cuya puerta abierta debía necesariamente tocar, al pasar, al pilar vertical. Esa era la prueba que él buscaba, y alegradamente la llevó con un croquis a sus jefes.

—Sin embargo — le dijeron — ¿qué prueba hay que la puerta no se haya cerrado sola?

—La velocidad del tren la habrá mantenido contra la pared del vagón, y suponiendo que algún choque brusco la haya empujado hacia la abertura, sería de todos modos imposible que el pestillo se hubiera repuesto solo en la vaina.

Esta vez el agente tuvo la satisfacción de ver nacer en el espíritu de sus superiores la preocupación de un crimen. Un médico legal hizo la autopsia del cadáver y declaró que la sangre de la víctima no provenía de una hemorragia natural. Un crimen había sido cometido; además, sobre el velo recogido

en el compartimento, había la impresión sangrienta de un pie: el asesino lo había pisado.

Cornouailles triunfaba, pero no estaba aún al final de sus penas.

—¿Cómo explica usted — le preguntaron — si hay un crimen, la distancia que separa cada uno de los objetos encontrados en la vía? Un asesino no pierde el tiempo en sembrar un después del otro testigos tan comprometedores, desde el kilómetro 41.500 hasta el kilómetro 39.500...

La observación parecía justa; un poco de reflexión y algunas preguntas a varios ingenieros, bastaron para resolver el problema:

—Esta distancia — pudo por fin explicar — es perfectamente normal: es debida a la velocidad del tren. Los asesinos arrojaron los objetos en menos de un minuto; pero, como el tren marchaba entonces a una velocidad de más de cien kilómetros por hora, recorrió dos kilómetros entre el primer objeto y el último.

Ese razonamiento, muy sencillo probaba el asesinato; la tesis fué admitida; no quedaba nada más que encontrar el o los culpables.

El móvil del crimen era, sin duda, el robo, porque la víctima llevaba siempre algunas joyas, entre las cuales un anillo con un solitario de gran valor que ornaba la mano desaparecida.

Cornouailles se puso con todo empeño a establecer cuáles eran los viajeros del tren 624, y sobre todo si entre ellos había alguno de los que llaman la atención porque visiblemente no se encuentran en su lugar en el sitio donde se les ve.

Conseguidos los boletos de primera, descubrió que había algunos para militares, descubrimiento que le causó satisfacción porque su identidad era muy fácil conocerla. Para encontrarlos pensó que necesitaba averiguar entre los viajeros civiles de los cuales formaba parte un prefecto, quien a su pregunta contestó en seguida:

—¡Sí, sí! Lo recuerdo muy bien; había dos militares en ese vagón. O más bien dejaron el vagón a la salida del viaducto de Elbeuf para ir en el coche siguiente.

—¿Eran soldados u oficiales?

—Simples soldados, con chaquetas y cinturón. Viajaron hasta París, donde los vi a la salida de la estación.

—¿Ha podido usted leer el número de su regimiento?

—No, porque llevaban alrededor del cuello un pañuelo azul con flores doradas.

El agente a esas palabras sintió una gran emoción: ¡ya los tenía! Los simples soldados no tienen el derecho de viajar en primera; además, el 14 de diciembre era un sábado, y ellos estaban con uniforme de fiesta. En fin, llevaban un pañuelo especial al cuello. El debía encontrarlos y debían explicarle qué hacían en ese lugar y en ese momento.

Ese día los diarios traían las siguientes noticias: "se está sobre la pista de los asesinos del tren 624. Dos militares han sido vistos en el vagón trágico; su arresto es inminente".

Mientras tanto, Cornouailles buscaba en un indicador las estaciones en que podían haber su-

nidad, se indigna; lo que no pasa a un culpable que ha preparado todos sus argumentos.

—¿Qué hizo usted desde las cinco y media hasta las once?

—He jugado al billar con Pablo Dumont en el café de Jorge; y jugamos con tanta animación que mi amigo perdió su tren y tuvo que tomar el de las once.

El capitán, satisfecho, preguntó al agente si no tenía nada que añadir, y como éste contestó negativamente, despidieron al soldado.

—¿Podría ver su ropa?

preguntó Cornouailles.

El oficial retuvo un gesto de indignación y lo llevó a la cuadra, donde debajo del colchón de Urand encontró un pañuelo negro con estrellas doradas.

Seguro de su triunfo, el pesquisa corrió a dar parte a sus superiores del hallazgo, pero ellos no compartieron su entusiasmo porque estaba señalado un pañuelo azul con flores doradas y el que había encontrado era negro con estrellas doradas. Había, pues, una simple coincidencia; además Urand alegaba una coartada:

—Si su hombre — le objetaron — ha comido la sopa en el cuartel, no ha podido, materialmente, tomar el tren 624; no está en la buena pista, Cornouailles.

—¿Quiéren hacer verificar la coartada? — preguntó.

Se lo acordaron, pero sin entusiasmo. Un empleado tuvo ese cargo; fué a buscar a Dumont, quien recordaba muy bien de que en la tarde del 14 de diciembre había encontrado a Urand y jugado con él al billar.

—Y he sido muy sorprendido — añadió — de la huida del tiempo, porque no creía haber jugado más de una hora y media. Cuando uno se divierte, no se da cuenta de que los minutos corren, y es así cómo perdí el tren.

En el café de Jorge escuchó la misma afirmación. El patrón no había olvidado la estada de los dos camaradas.

—Jugaron mucho tiempo — confirmó —. Recuerdo muy bien que al llegar Urand gritó: "Tomemos los tacos, patrón: son las seis y media".

Estos interrogatorios establecieron la materialidad de la coartada. Se lo hicieron observar a Cornouailles. Legal y judicialmente, la pista que seguía era falsa; le aconsejaron, no sin ironía, que buscara por otro lado.

Era como para desesperarse, sobre todo ahora que la familia había ofrecido un premio de 25.000 francos a la persona que hiciera arrestar al culpable.

Cornouailles estaba decidido a ganárselo. Le quedaba un recurso: verificar las causas de cada fracaso y revisar una por una los detalles de la encuesta. Un punto lo intrigaba particularmente: Dupont, el amigo de Urand, había dicho a su joven colega esta frase:

—No creía haber jugado al billar tanto tiempo...

¿Qué significaba esa exclamación? Decidió regresar a Rouen. Allí supo que un profesor clase el 14 de diciembre en el tren 624, aseguraba haber visto dos militares subir en primera. Nuestro pesquisa corrió a verlo. El profesor afirmó que reconocía a esos militares si los pusieran en su presencia.

De un salto fué al cuartel pidiendo una nueva comparencia de Urand.

—¿Ha descubierto algo? — le preguntó el capitán, mientras esperaba el ordenanza. En eso llegó un soldado con un telegrama.

Los hijos de la señora de Versi le anunciaban que un antiguo cocinero de su padre aseguraba haber visto en Rouen, el 14 de diciembre, al soldado Urand subir con un camarada al tren 624, en primera clase. Añadía que el testigo había guardado silencio por timidez, pero que el premio lo había decidido a denunciar ese hecho de importancia capital.

El agente no tuvo ningún gesto de desilusión al ver que el premio se le escapaba; antes bien, inundó su corazón una sensación de gozo, el gozo del cazador que encuentra la presa que creía perdida. Y cuando Urand se presentó, mirándolo con insolencia, le gritó:

—Quítese la careta, amigo: dos testigos lo han visto subir en el vagón de la señora de Versi! ¿Cuál es el nombre de su cómplice?

El muchacho se estremeció imperceptiblemente.

—Estaba con Martin — confesó —. Pero nosotros no somos los asesinos.

Eso era suficiente. Esta vez los tenía bien asegurados. Es un axioma, en el mundo judicial, de que si un solo culpable puede guardar silencio hasta ante la guillotina, el secreto no puede ser conservado si existe al menos un cómplice. Por eso se llamó a Martin.

—Martin — le dijo brusco-

mente — Urand está de aquí. Ha confesado que usted lo acompañaba en el tren 624.

Martin se turbó. No le dejó tiempo para reponerse, presentándole el famoso pañuelo negro estralado de oro.

—Es tuyo, ¿verdad? Lo llevaba en el cuello cuando Urand mató a la señora de Versi. Estaba solamente desmayada cuando la tiraron a la vía. ¿Quién la tomó de las piernas?

Abatido, Martin se desplomó sobre una silla y echó a llorar.

—¿Cuánto todo — le ordenó el pesquisa.

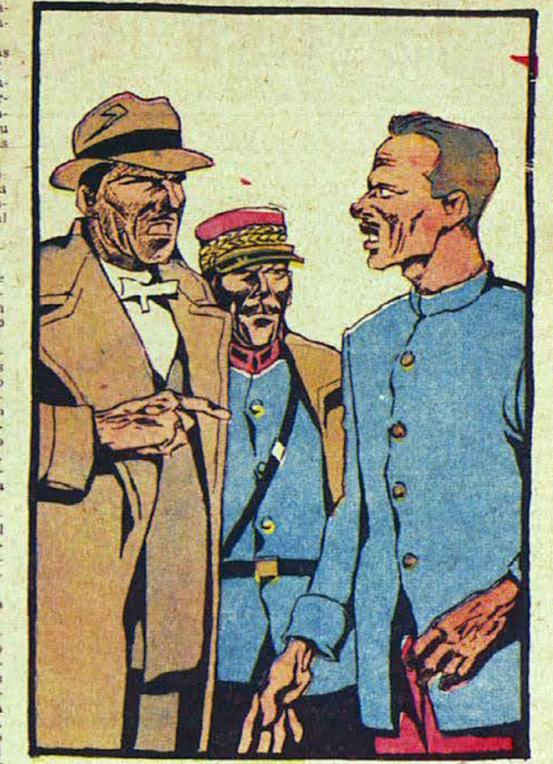
No se hizo rogar, y contó que Urand desde mucho tiempo atrás quería dar un golpe en el tren de Rouen, donde viajaban muchas personas de dinero, y esperaban encontrar a un viajero fácil de desvalijar, decidiendo a Martin para que lo ayudara. Fijó la fecha del 14 de diciembre porque era un sábado, y creía que el gran número de soldados con licencia que viajaban en los trenes ese día le permitiría más fácilmente pasar inadvertido. Pidió un permiso desde el jueves. Martin lo obtuvo sin que su capitán lo supiera. Lo demás fué cosa de niños. Salieron del cuartel mientras el sargento se estaba calentando en el puesto de guardia. Tenían sus chaquetas en los bolsillos. Corrieron a la estación y al llegar el tren vieron a la señora de Versi sola en un compartimento y se sentaron a su lado. La pobre señora, sin ninguna desconfianza, se puso a dormir. De repente Urand se abalanzó sobre ella, estrangulándola. Le quitaron rápidamente sus alhajas, abrieron la puerta, que chocó contra el primer pilar del viaducto, y la arrojaron sobre la vía.

Luego los asesinos huyeron, pero Martin volvió al poco tiempo a la puerta, que había quedado abierta, podía tracionarlos; y la cerró con el pestillo. Este gesto, que debía asegurar su impunidad, los perdió, y los dos fueron condenados a trabajos forzados por perpetuidad. Tenían diecinueve años.

—¿Qué prueba hay que la puerta no se haya cerrado sola?

—La velocidad del tren la habrá mantenido contra la pared del vagón, y suponiendo que algún choque brusco la haya empujado hacia la abertura, sería de todos modos imposible que el pestillo se hubiera repuesto solo en la vaina.

Esta vez el agente tuvo la satisfacción de ver nacer en el espíritu de sus superiores la preocupación de un crimen. Un médico legal hizo la autopsia del cadáver y declaró que la sangre de la víctima no provenía de una hemorragia natural. Un crimen había sido cometido; además, sobre el velo recogido



detalles de la encuesta. Un punto lo intrigaba particularmente: Dupont, el amigo de Urand, había dicho a su joven colega esta frase:

—No creía haber jugado al billar tanto tiempo...

¿Qué significaba esa exclamación? Decidió regresar a Rouen. Allí supo que un profesor clase el 14 de diciembre en el tren 624, aseguraba haber visto dos militares subir en primera. Nuestro pesquisa corrió a verlo. El profesor afirmó que reconocía a esos militares si los pusieran en su presencia.

De un salto fué al cuartel pidiendo una nueva comparencia de Urand.

—¿Ha descubierto algo? — le preguntó el capitán, mientras esperaba el ordenanza. En eso llegó un soldado con un telegrama.

Los hijos de la señora de Versi le anunciaban que un antiguo cocinero de su padre aseguraba haber visto en Rouen, el 14 de diciembre, al soldado Urand subir con un camarada al tren 624, en primera clase. Añadía que el testigo había guardado silencio por timidez, pero que el premio lo había decidido a denunciar ese hecho de importancia capital.

El agente no tuvo ningún gesto de desilusión al ver que el premio se le escapaba; antes bien, inundó su corazón una sensación de gozo, el gozo del cazador que encuentra la presa que creía perdida. Y cuando Urand se presentó, mirándolo con insolencia, le gritó:

—Quítese la careta, amigo: dos testigos lo han visto subir en el vagón de la señora de Versi! ¿Cuál es el nombre de su cómplice?

El muchacho se estremeció imperceptiblemente.

—Estaba con Martin — confesó —. Pero nosotros no somos los asesinos.

Eso era suficiente. Esta vez los tenía bien asegurados. Es un axioma, en el mundo judicial, de que si un solo culpable puede guardar silencio hasta ante la guillotina, el secreto no puede ser conservado si existe al menos un cómplice. Por eso se llamó a Martin.

—Martin — le dijo brusco-



PO R
EMANUEL COURTER
ILUSTRACION DE SORAZABAL

TODOS los sábados, CRITICA Revista Multicolor publica un gran cuento policial, firmado por los mejores autores nacionales y extranjeros. Hasta ahora han aparecido relatos de Chesterton, Guillot, Berkeley, Knox, etc. Lea en el próximo número el intenso relato de carácter misterioso, original de Emilio Villalba Welsh, especialmente escrito para CRITICA Revista Multicolor de los sábados.

La Sierra Jugosa

Visto y Oído ★ Una Curiosa Maldición ★ por PREMIANI

ESTE ensayo refuta cierta superstición muy perjudicial a la provincia de Córdoba y describe su extraordinaria naturaleza.

La arbitraria demarcación política (en este caso arbitraria y sabia) le ha asignado a la Provincia de Córdoba sierra y llanura. Cuando hablo de Córdoba, me refiero a la sierrita nada más. Avanza desde Buenos Aires el tren por la pampa y se advierte la proximidad cordobesa por la intensificación del verdor. Todo es llano; Santa Fe se distingue por el incremento del cultivo rural; Córdoba, antes que por la elevación, por la acentuación de los verdes. El verde del campo bonaerense tira a chamuscado; trigo, cardo, pajonal; el de Córdoba se matiza y se intensifica notablemente. Al menos, conforme avanzaba el tren, mis ojos, dibujados en la ventanilla, iban, sin reflexionar, a dqui riendo tonalidades e intensidades de verde hasta entonces inusitadas para ellos. No se sabe qué ocurre, pero se advierte que hay a la vista más vegetación, más brote, más afirmación campestre. Cuando se reconoce la verdad, Córdoba ha aparecido, está entre nosotros, a nuestros pies, dentro. En plena sierra, el verde unánime se apodera de uno totalmente. Viben todos los matices de este color, pero el tono azulado domina. Es un verde que quiere azularse, como el aire que lo envuelve; y es persistente, sin tregua, sin vacilación. No se ven cerros pelados; no se ven valles yermos; si no hay otro plantío hay yuyo energético, jugoso. La tierra se ha amollado, pero todos sus promontorios están reverdecidos; los caminos abiertos adrede o las huellas trazadas por el hábito, apenas aridecen en el medio; la vegetación espontánea los invade en seguida desde los bordes. Hay yacimientos de cal y no se ven, hay vetas de mica y parecen, al sol, verdaderos de vidrios rotos. El verde invasor no se detiene un instante. Es una tierra plétórica. Sin afanarse (sus ondulaciones con las más tranquilas del mundo) parece que tuviera el cometido de no pararse nunca en el quehacer. Su verde tenaz y la transparencia de su aire fomentan la vida. Se experimenta un estímulo sereno y un aplomo vital. ¿Cómo no habían de revivir aquí los tuberculosos? Les basta mirar este verde, este azul, los colores vitales y placidos por excelencia, algo fríos, pero no por eso insignificantes también: la civilización procede del frío.

No deja de dar a Córdoba un acento trágico esta fama de curandera de tísicos. En Buenos Aires, recién ahora está promoviendo el turismo nacional, hasta ahora, apenas se iba al norte a curar restos indigmas, al litoral no se iba (ni se va), al sur se iba forzado o de aventurero; a Córdoba se venía a confortar los pulmones. Viaje a Córdoba era viaje de tísico más o menos declarado. La tradición pesa y uno mismo se siente en reparación al llegar aquí. Por eso se contempla con cierta tristeza esta generosa incitación vital: parece, como los tónicos eficaces de la farmacopea, un excelente remedio que sólo disfrutaremos a costa de no estar sanos. Toda la sierrita cordobesa, por esta sugestión de la fama, se me representa como esos balnearios termales en que los lisidos ya no se recatan porque están entre iguales. Estas exuberantes sierras verdes que naturalmente no persiguen nada más que subsistir, verdecen siempre, sin ningún otro objeto, cobran a mi vista el aspecto de un inmenso tendal artificial de yerbabuena y otras plantas medicinales para todos los que hemos venido. Miro en redondo, deseo registrar la sombra de aquel tala, remover aquellos arbustos, espulgar la tupida yerba, porque me parece que voy a encontrar tuberculosos chupando el jugo de las plantas, revolcándose en la tierra húmeda, enterrándose entre las raíces nudosas. Deseo y no deseo al mismo tiempo descubrirlos, porque pienso que les va a dar vergüenza, como al libidinoso sorprendido en el zaguán. Una

inevitable sensación de impudencia punza mientras veo cerros y descendiendo por cañadas umbrosas. Y, sin embargo, nada se ve menos que el tísico en la excursión cordobesa. ¿Será eso, precisamente, lo que matiza de sombras el impecable azul? Será eso; pero la verdad es que los temidos tísicos de Córdoba no se ven. Hay que meterse en el Santa María, de Cosquín. El Santa María se divisa desde el Lago Azul: unos cuantos dados esparcidos en la falda de los cerros; pertenece a otra circunscripción política provincial, y uno se pregunta por qué tal distinguido, pues en la sierrita no se ve todo, desde todos lados y, estando todo junto, no tiene todo demarcación natural.

Las parcelaciones políticas quedan para el llano, donde nada se ve desde nada y hallándose todo lejos de todo hay que unirlos con mojonos. En el Santa María se pueden ver tuberculosos. Fuera de allí, en todo Córdoba, sólo es posible ver gente delicada, muchachos delicados, señoritas delicadas, ancianos delicados, que han ido a descansar unos meses y a reponerse y paran en módicos hoteles y pensiones que a su vez suelen ser de una señora delicada, de un señor delicado, que ofrecen en su casa alojamiento y comida por poco, todo por hacer algo mientras residen allí.

Terrible drama el del tísico! No sé si nos parecerá más fuerte porque es el que presencia. ¿Qué hace el leproso? El tísico está y no está sano, puede y no puede vivir entre todos los demás seres, anda con nosotros y, sin embargo, no puede andar a nuestro paso. Es racialmente, ya que no físicamente, un fronterizo del mal y del bien, y quizás por eso vemos más su drama. El leproso está confinado, francamente o se interna en nuestra zona con la castañuela medieval; el canceroso está muerto de salida; el asfítico, sin estar mal, se descuajeringa, simplemente. El tísico ha aislado su afección y cree que por lo demás puede vivir como cualquiera. ¿Qué le estorba vivir, si aquel desmoronamiento de un pulmón, de la garganta, del intestino, de un hueso, se lo está curando? ¿No se vive con un tajo en un dedo? Y no sólo se empuja en vivir, sino en demostrar que puede vivir, y afanarse a poca vida. La moza se entrega calurosa, para gozar como la mujer más sana y para que vean que, fuera de aquello, le sobra salud, y el esmirriado se eriza con turgencia de hueso, con encarnadura de sangre concentrada en un punto de la transparente piel, para sondarse las flicidas entrañas. Es famosa la lubricidad de los tísicos: ansiosos únicamente de vivir, las energías se les acumulan en el sexo.

Quizás sean más temibles los valientes. So capa de una franqueza brutal, esconden de ordinario una tremenda intención dañina. Media docena conoció hombres jóvenes, de puldientes familias ajenas, que al atardecer, hora del paseo en las villas, recorrían en estruendos auto los caminos, deteniéndose ante las pensiones y hoteles y gritando a lo que les daban los pulmones semideshechos: "¡Delicados! Todos los que paran ahí estuviere el año pasado en el Santa María. Niña, ¿por qué no escupe? Diga, don, córrase una cuadra. ¡Están tuberculosos como nosotros y preparan cualquier día de estos!" hasta que las muchachas se desahaban aterradas y los hombres se hacían los desentendidos masculando blasfemias. Erari, según ellos, enfermos incurables, "como todos los tuberculosos" — ¡qué sierras ni qué valientes, si ellos habían nacido allí y sólo tenían papilla en los pulmones! — e indignándose en hipocresía general se proponían descubrirla. ¡Hay que ser valientes! protestaban con énfasis por boca del visible cabecilla un energúmeno adiposo que parecía hablar con papel de lija en la garganta; y a la noche referían entre risotadas...



A EXCEPCIÓN DEL TIGRE, NINGÚN ANIMAL ATACA AL HOMBRE.



GARIBALDI, a las ÓRDENES de RIVERA, PELEÓ CONTRA el TIRANO ROSAS.

La CAMPAÑA que desde el CABILDO de BUENOS AIRES TOCO a REBATO en la MAÑANA del 25 DE MAYO de 1810 es la que ACTUALMENTE DA LAS HORAS en la IGLESIA DE SAN IGNACIO.

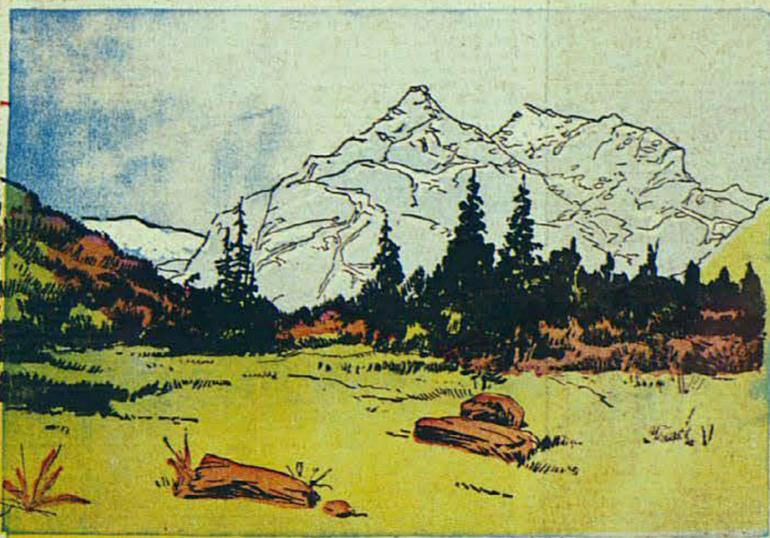


Una CORONA PESA 2 VECES de 3 1/2 a 4 KILOGRAMOS y REQUIERE un NOTABLE ESFUERZO para LLEVARLA en las CEREMONIAS.



Así SE IMAGINAN al DIABLO a los TRIBUS AFRICANOS de SIERRA LEONA.

En el ORIENTE CONSIDERAN a los RUBIOS una MALDICIÓN DE DIOS.



los de tal hotel de tal lado, que se habían querido retobar, los habían "fajado a pollos". Le escupió sangre en la cara. ¡Delicado! Te voy a dar". Claro que mis sentimientos están con los que reconocen sin odio el daño y se curan con el truísmo; pero entre los agresivos desobedidos y los hipocritas, prefiero los últimos. No desearía compartir su mal; comparto la enorme pena de su hipocresía. No teman que los veje ni los desprecie aunque les descubra la farsa: tienen derecho a ella al tener la obligación de su daño. Por mí, pueden fingir cuanto quieran. ¿Qué menor tributo podía rendirles el privilegio de mi salud? Seguiré por los caminos y por las huellas sin desviarme para registrar una nata, sin pisar los mullidos yuyos entre los cuales pueden estar revolcando su anhelo de vivir. Soy en estos momentos el hombre que vive también y no piensa. Hombre de la sierra jugosa.

José Gabriel Ilustración de ROJAS

ROBERTO VALENTI. — Domingos del Tiempo Bueno. (Versos) — Librerías Anaconda.

El señor Roberto Valenti ha publicado un volumen de sencillos versos, muy bien ilustrado por Luis B. Caputo Demareo.

La temática — ciudadana, visatadora de los objetos y los seres humildes y pintorescos — ha sido influenciada por obras anteriores de Horacio Rega Molina. Pero ha faltado la madurez poética suficiente para que esa influencia fuera saludable.

"Domingos del Tiempo Bueno" es un libro fundamentalmente débil. Una visible ternura y discreta bondad que se encasuzan en borrosas anotaciones pre-poéticas. A veces injustificadas admiraciones: "El mundo era un letrero de tranvía" (Pág. 11).

Inútiles interrogantes, como en la página 16, al final de un poema: "Hermitaño árbol, ¿cómo se irá primero? Vagas aniclotas."

★ Bibliografía ★

"Pasó el tiempo, todo el tiempo mantanturilurero... Se murió el buen compañero, se casó la de ojos negros, Y ahora estamos solos, viejos, etc. (Pág. 21). Inadmisibles reminiscencias rubendarianas: "Sinfonía en gris mayor de aquel regreso..." (Pág. 23).

Más vigor y consistencia hay en las composiciones tituladas "Domingos de Calesta", "Caballito de Madera" y "Romance de la Mala Noticia".

Pero hay un error fundamental en el señor Valenti: el de creer que basta enunciar estados emocionales, intensidades vividas, sin el debido control expresivo o la tamización poética, para comunicarlos en un plano artístico.

La rima, usada como algo sin calidad poética, como un simple sonsonete; las demasia-

do acentuadas influencias formales (Machado, Jiménez, Romancero Español, Fernández Moreno), y el exceso de composiciones, perjudican también este libro, cuya intención noble, emocionada y tierna es imposible dejar de reconocer. — U. P. de M.

Libros Extranjeros

"THE GANGS OF NEW YORK", por Herbert Asbury. — Una historia minuciosa, apasionada y total de las antiguas barras criminales de la primera ciudad norteamericana. Biografías de los famosos penderos, rufianes, jefes de banda, chicos criminales de los Five Points, Bowery y otros barrios. La historia que arranca diez años antes de la guerra civil llega hasta la prohibición. Trae algunas referencias a las primeras andanzas de los célebres gangsters modernos. Al Capone y Johnny Torrio, pero su tendencia general es más bien arcaizante.

"CLIMAT JAPONAIS", por Claude Denny. — La autora fue maestra de francés en el liceo Imperial. Su libro describe con acentuada ironía las costumbres japonesas. Dedicó un capítulo particularmente interesante a la complicada cortesía oriental.

"BERNARD SHAW", por Frank Harris. — Con un desenfado y una insolencia que distan infinitamente de nuestras prudentes costumbres literarias, Frank Harris, célebre biógrafo de Wilde y antiguo aventurero, cow-boy y periodista, narra la vida de Shaw, no sin asombrarse continuamente de su puritanismo, de sus paradojas, de su inconsistencia y de su escandalosa castidad. Harris falleció antes de publicarse este libro, que fue editado por el mismo Shaw, quien aprovechó la ocasión para desahogarse en una carta colérica, y en diversas notas irónicas que figuran en el propio volumen.

El Dolor de Doña Manuela

POR

VENANCIO MONTIEL

ILUSTRACION DE RECHAM



HABLANDO de Doña Manuela Palumbo y su hijo, todo el mundo decía: "¡Pobre Manuela! tan viva" que es ella y tan zozco que le salió Faustino".

A entenderlos. La viveza de doña Manuela no era tal, si no se mide al vocablo por las cosas y por el valor del ambiente (vivía la aludida a unas treinta cuadras de la pieza de un pueblo en el que todavía no había "comisión de fomento", que al saberlo ha tiempo "saldó de madre", peticionara su conversión en ciudad).

No era de esas vivas que al vender una docena de huevos sólo cuentan hasta once; tampoco de esas que esperan que le calgan visitas para decir, luego de despertar ganas de tomar mate: "¡Caramba!... ahura que me acuerdo no tengo yerba ni cambio chico". No vendía polvos para el amor, yuyos coyunderos, ni sandas de rancho en rancho enclucando muchachas.

Su "viveza" consistía en refir fuerte por cualquier cosa; en hacer reír a los tentados en los velorios y en conseguir en las pulperías esos "flaus" que van de escuela a escuela.

La zoncera de su hijo Faustino, tampoco era de esas francas, que habitan en las caras, que salen afuera cuando el zozco habla y se mueven cuando camina. Le decían zozco porque llamario reservado, corto de gano, resultaba largo.

Faustino era un zozco sui géneris: de esos que no tienen escuillas, que sólo hierven cuando una china, además de linda es ventajera, y que tiran el pucho recién cuando se queman los dedos.

La verdad es que en cuanto a carácter, entre madre e hijo había una gran diferencia. Ella vivía en el pago, en la tierra, entre buenos y sabandijas, ricos y pobres, y él en la luna. Que éste cayera de esas regiones era difícil porque ya iba en camino de endurecer las arterias.

Vivieron juntos hasta la mañana del día en que Faustino se casó.

El "zozco" creyó poder entibiar los inviernos con una tal María Godoy, cinco años menor que él, a quien conoció una tarde jugando su profesión de china casadera, bien enmoñada al pie de una tranquera que añadía un rancho más al camino. Prueba de cómo la miraba es que le gustó "la otra", que no puertaba por tomar fresco, sino porque andaba buscando uno de esos hambrientos que se sacan las ganas después de pasar por el Registro Civil, le sonrió, y entonces Faustino no encontró nada más a mano que preguntarle si el camino que pisaba lo llevaba a X parte. No era tan zozco cuando halló cómo pararse sin decir lo que todos: "Voy con se, me da un jarro de agua".

En el mismo momento que se detuvo para pedir rumbo, se embromó.

Desde entonces le dió por pensar que andaba demudado solo y se le hizo consciente este hecho terrible en los que quieren casarse: que ganaba poco.

Cuando Faustino creyó que pisaba en firme, decidió entrar a su madre.

Fue en una oración. Ni preámbulos, ni "setes", en los que se paran los tímidos para juntar fuerzas. Apenas un poco de ambiente previo (un cigarro y acomodados en el banco), y en seguida las palabras justas: "Mama, me gusta fulana".

A la media hora navegaban los dos en aguas tranquilas. Bien balanceada la situación, el caso arrojaba ganancias y pérdidas. El "zozco" resultó acreedor a una mujer, y la "viva" deudora de un hijo.

Se casaron y se fueron a gastar caricias a otro pago. En cuanto a Doña Manuela, se le agrandó el rancho al-plegar el catre de su hijo.

Para el casamiento vino gente hasta de la cárcel. Esa misma tarde un hermano de María volvió a saber lo que era sol, recuperando su libertad perdida.

Hubo baile, empanadas, asado con cuero, mucho humo, algunos borrachos, un hambre bárbara en los cooperantes, y los perros de doña Manuela molestaron bastante jugando con los tapones de las damajuanas.

La despedida de los novios fue rala en palabras, pero tupida en emociones:

—Mama, hasta prontito.

—Hijo, que seas feliz. Quere-la y cuidala.

Ya puede Faustino dar gracias a Dios por haber nacido tranquilo, por haber nacido con ese carácter que le valió en el pago la categoría de "zozco sin remedio".

Quien lo viera entrar y salir de su rancho, con el mismo tran-co, ni triste ni alegre, sacando los muebles al patio para hacer con ellos una pila, seguramente diría: Faustino se muda.

Y el pobre está tan lejos de eso!

"Justo al año — va diciendo, en tanto va haciendo una parva con la cama, el baúl, la mesa de luz y una cobija.

Cuando el rancho quedó completamente vacío, cerró la puerta y se fue a meditar junto a la pila de "cosas de los dios".

Pasando revista a los días vividos, sintió como un saco dentro; sacó de uno de los bolsillos de su bombacha una caja de fósforos, encendió uno y lo arrojó a la pila.

Al instante un humo denso empezó a ganar altura. Era su poncho, sensible a su causa, el que primero sintió las mordeduras de las llamas y mezuquindole su urdimbre al fuego (era de lana) de vergüenza por lo que le pasaba a su dueño, se fue achicando y achicando, convirtiéndose en humo y lanzando mal olor.

Todo ardió por voluntad del hijo de doña Manuela. Los fierros de la cama murieron adoptando líneas curvas, y la tapa del baúl, a la que Faustino le vió siempre formas de cuna, murió en el incendio sin saber lo que es balancearse con una canción, sin ver a un padre bobo inclinado hacia su vientre.

Cartas, flores, secas, rulos, "pañuelos de regalo", todo ardió. Ni rompiéndose en torrente el cielo se hubiera extinguido aquella fogata, porque los ojos de Faustino le sumaban llamas.

En menos de media hora aquella pila de muebles y trapos, que tuvo base y altura de parva antes de ser mordida por el fuego, quedó convertida en un informe montón de fierros y cenizas; en un puñado de cualquier cosa, de materias muertas.

El rancho se escapó del destroz porque no era de él. Tal vez, también, porque Faustino no quiso irse dejando cuatro horcones y el sudor del que lo abrigó con paja.

De puro bueno no lo quemó, porque razones para ello le so braban, y en cuanto a rabia, tenía encima la de tres maridos burlados. Además, era "zozco", y a un zozco no le ni la propiedad ajena lo detiene.

Cuando Faustino creyó haber dado fin a su intento de casarse de encima ese año de mentiras que vivió con su mujer, miró al campo. Quiso horizonte, por eso se echó el sombrero a la nuca; armó un cigarro; soltó cuatro batrazas que habían quedado encerradas en el gallinero, porque la "Polla dueña", pensando en su libertad, ni se acordó de los huevos que había comido; palmó al perro que lo seguía de aquí para allá, y se encaminó hacia el palenque, donde encaillado la esperaba su pingo.

Se miraron como diciéndose "nos necesitamos". Aun antes de montarlo, Faustino le agradeció su misión de llevarlo lejos, y servicio por servicio, el noble animal le agradeció que lo librara del mosquero.

Uno arriba y otro al tranco, iniciaron la marcha. Esas marchas resultadas de los dolores, para quienes lo que hay que ganar es consuelo y lo andado, goma que los borra de lo que no quieren volver a ver.

¿Hacia dónde iba?

A unas quince leguas tenía Faustino su puerto. El puerto de todos los hijos: "su mamá".

Cierto que estaba a leguas de los años en que llorando buscaba abrigo en "los muelles" de doña Manuela; pero como el casamiento no le mató el hijo que llevaba adentro, por lo menos llegaría de recalada hacia ella, aunque más no sea para que por unos días le amarrara su barco cuando se fuera.

Una risotada franca le despegó el mentón del pecho.

Un "hijo!" vino desde el camino, y un "mama!" fué hacia él desde el patio.

Corrieron un trecho con los brazos extendidos y se abrazaron.

Ajena a todo, es natural suponer que doña Manuela a mitad del abrazo le preguntó por su mujer.

—¿Qué le decimos a máma, zozco?

—¡...! (Arrégleselas, amigo. Yo de ingratisadas de yeguas no sé nada, porque me cortaron "aquello" siendo muy potrillo).

Doña Manuela se había puesto "terrible" después del casamiento de su hijo.

Sola, ¿qué iba a hacer metida en su rancho? Se lo pasaba de visitas y casi todos los días se hacía un paseo hasta el pueblo.

Toda la tolerancia imaginable cabía en la boca del vecindario cuando sin querer unía a dos o más en una charla.

Decían de ella, justificándola su afán de divertirse, lo que de las lluvias largas en tiempo de seca: hace bien.

Cuando Faustino llegó, la autora de sus días tenía sus zapatillas en otra parte.

—Ya vendrá — se dijo, y se apoyó en la pipa resulte a esperar. Tuvo un momento de duda. ¿Desenlillaba? Lo hizo después de mucho pensar que pase lo que pase, las madres son las únicas que siempre quieren igual.

Se acordó que era un varón burlado recién cuando le dió por pensar lo que de él dirían amigos y conocidos. Con un movimiento de hombros espantó el fantasma.

Más cuesta arriba se le hizo verase adelante de su madre. Lo que él tenía que decir le preocupaba, y no lo que de él dirían. Tranquilo empezó a caminar y cuando pactó con la verdad ya el sol había perdido un buen tanto por ciento de su fuerza.

Una risotada franca le despegó el mentón del pecho.

Un "hijo!" vino desde el camino, y un "mama!" fué hacia él desde el patio.

Corrieron un trecho con los brazos extendidos y se abrazaron.

Ajena a todo, es natural suponer que doña Manuela a mitad del abrazo le preguntó por su mujer.

—¿Qué le decimos a máma, zozco?

Faustino no le mintió al decirle: "por ahí andará"; pero no contó el crollo con una mujer como era su madre: caladora de intenciones.

Ese "por ahí andará" lo vendió. A doña Manuela le supo a asunto con cola. Lo tomó de un brazo y casi tironeándolo ganó con él el rancho. Lo sentó en un baúl, y mirándolo bien en los ojos, le dijo:

—¿Cómo "por ahí andará"!

Sabía que para todo el mundo Faustino era un "zozco", y se lo imaginaba de boca en boca sancionado más o menos así: "tenía que suceder"; y tales cosas dichas de su hijo, rodando por los caminos y andando de patio en patio, como anda la reputación de los borrachos o la de los que apuñalan de atrás, le taladraba las carnes. Para pensar mejor, de un tirón se sacó el pañuelo que llevaba en la cabeza. Acaso creyó que el nudo

de chismes en el pago, creyó del caso seguirlo tratando. Sobre todo, le interesaba tomar posiciones ante los extraños.

—Bien hecho, lindo — repetía, en tanto Faustino apuraba la farsa.

Castigando "de palabra" a su mujer, el crollo quedó agotado. Se hizo una pausa entre los dos. Él la llenó con el temor de que alguno, tarde o temprano, lo desmintiera, y ella visitando "en piense" los ranchos de sus relaciones, donde se imaginaba diciendo:

—Escuchen los que andan diciendo que por lo flojo, y zozco que es mi hijo se le jué su mujer. Ansima pasaron las cosas... Y como no podía faltar la acción en el discurso que rumiaba, ahí nomás se sacó una zapatilla y empezó a castigar los ladrillos del piso.

La noche sorprendió a la madre contenta y al hijo asustado. Durante la cena conversaron poco. Por la majada de doña Manuela olvidaron la "ovejuna" de Faustino. Más parecía que éste recién volvía de hacer un mandado que de probar fortuna en el matrimonio.

Hablando de bueyes perdidos, el catre de Faustino volvió a hacerse presente en el rincón de siempre.

Tomaron unos mates; fumó él un par de cigarros; pensando en la próxima esquifa, doña Manuela se dió por aliviada al mirar las manos de su hijo, hábiles y gratis; cabecearon un rato y luego se fueron a dormir.

—Pero la noche trata con mucho rigor a los que buscan el sueño boca arriba, y boca arriba se tienden los que se acusan pensando. Sólo se tumban de costado y entran de lleno a esa muerte con ronquidos que es el sueño, aquellos que no conocen otras penas que se cuentan por ahí.

Y de estas era la de Faustino. Penas que salen por las noches a conversar con el dueño de la casa en que habitan; penas con que lo sujetaba al pescuezo no le dejaba subir las ideas. En seguida preguntó:

—¿Güeno, m'hijo, ¿qué le decimos a la gente?

—La verdad, mama.

—¿Qu'esperanza!... Antes de un mes, en este pago, a infeliz no te gana nada. Es preferible que pasés por borracho, por castigador, por poco querendón, y que a cualesquiera d'estos defectos achaque la culpa de tu mujer. ¡La verdad!... No, no.

—Y... decimos, si le parece, que a media noche se jué, de mientras yo dormía.

—No. Te van a criticar por lo pesau del sueño. Sólo los zozcos se güevnen piedra durmiendo.

—Total... ¿Acaso no sé que aquí todos me creen zozco?

—Una cosa es el creer, y otra muy distinta el cierto. Y hasta por eso mismo, pa que no te crean un zozco, le ando buscando un explique a tu asunto. Mirá, ¿por qué no decimos que por cualesquiera cosa se transaron en una discusión y que, como iba pa largo, atrás de unas palabras fuertes se jué el rebenque y que entonces ella, de rabiosa se te alzó? ¡Ahí está! ¿Yes? Agarrate d'eso, Faustino, porque si no, dende ya te podés dir despidiendo de las mujeres, y eso no, porque so joven entocavía y podés a encontrar algún güen partido.

—Al contrario, mama; si paso por castigador, me van a juir.

—Erra andá. El rigor es más mujrero de lo que vos creá.

Pocas ganas tenía Faustino de andar vistiendo su desgracia con otras ropas, pero vió a su madre tan afiligrada, tan con ganas de hallarle una causa justa al vuelo de su mujer, que decidió conformarla. Se la armó cuanto pudo, le puso una mano en un hombro, y mintiendo con todo el cuerpo le dijo:

—Escuche, mama. Si decimos eso no mentimos.

Doña Manuela se fué toda por los ojos.

—¿Le pegaste?...

Como si tal cosa hubiera sucedido, Faustino relató los pormenores del hecho, sólo existente en su imaginación, acompañando la acción con ojos y manos. Su madre lo seguía con el cuerpo. Tenía a salvo el varón que siempre se esforzó por ver en su hijo, y como alucinada, subían y bajaban sus ojos siguiendo el rebenque que hasta le veía a su hijo en la mano.

Faustino creyó del caso andar, no saber dónde meterse, ni cómo empezar; pero agarrándose del primer momento de luz que le pasó cerca, aprovechó la entrada que le hizo su madre y contento de poder sortear esos rodeos previos con que se abordan asuntos trascendentales, respondió:

—Sí, mama; se me fué...
—¿Que se te fué, decís?
—Como lo oya. Esta mañana me levanté y en la cama no estaba; ajura tampoco.

—¿Y?...
—Que le vaya lindo, me dije, y me puse a tomar mate.

—¿Pero... ¿se te alzó?
—Y claro.

—¿Che! ¿Y lo decís ansina?...
—¿Y qué quiere? ¿Que se lo diga cantando?
—Y tus nervios!

—No sé, a lo mejor se me jueron con ella.

—¡Oh! ¿Y qué hiciste?
—Hice una pila con las cosas de ella y las mías, escupí muchas veces pa sacarme sus besos de la boca... y aquí estoy.

—¿No la saliste a buscar?
—¡Pa qué, mama! ¿Por que ella se me alzó, a mí me hablan de encerrar, acaso?

—Ah, claro, que no. Güeno, m'hijo, pa las que se van...
—... pa las que se van... echillos filosos, o güenos caminos. ¡Ojalá no llueva si es que entodavía anda!

Si querieron comentando la fuga de la ingrata:

—¿Le dabas güena vida?
—Sí.

—¿Comían dos veces al día?
—Supóngase...

Fatalmente debían caer en ese ranjón que de un salto saltan las que quieren, sean solteras o casadas:

—¿Aquí hay otro hombre de por medio, hijo. Perdonama.

—En lo mismo pienso yo, pero... estoy a oscuras.

—A ver, iluminate. ¿Te visitaban amigos?
—Uno sólo, pero cuasi tres veces más viejo que yo.

—Entonces, si alguien te la ha llevau, no es un amigo. Menos mal.

—A mí ver, el destroz es el mismo, mama.

—Pero no siendo un amigo, el robo se achica.

—Ah, eso sí.

Y a continuación agregó un: "y güeno" en el que campeaba su firme decisión de cambiar de tema.

Pero doña Manuela, que vela en el asunto de su hijo motivos

de profundo dolor; dolor de tener un hijo zozco y flojo, a quien de soltero se puede empujar y de casado abandonar.

Lo peor del caso era, que al rumiar estos pensamientos, media y pesaba el de los terceros, porque si ella, madre, llegaba a tanto, a don de no llegarían aquellos de sangre extraña y tan necesitados de chismes para entretener la falta de trabajo.

Por momentos la pobre madre necesitaba decirse: Pensá mal, Manuela; tu hijo es como el de cualesquier otra madre, y entonces en su imaginación, el empujado era otro Faustino. Al suyo lo veía a codazos con todo el mundo, pisando fuerte en los bailes, y cobrando a dos manos en las carreras. Ya no lo veía cansarse con la primera empanada, sino engulléndose fuentes enteras; terminando los cigarros de una pitada; rompiendo las botas al calzárselas y enrareciendo el aire al respirar.

Se imaginaba ver a su nuera hecha un arco de humilde, alcanzando un mate y cayéndose redondita cuando él, con voz ronca, le decía: ¡Alcance, prendia. ¡Cómo se manejaba tejiendo a su gusto!...

Iba ya en camino de ser la madre más feliz del mundo; en vías hasta de ver preso a su hijo por malo, cuando en una de esas, Faustino, con un ronquido le echó abajo todos sus desbordados imaginativos.

Aguzó el oído. Al instante los ronquidos fueron saliendo de uno en fondo.

—¿Qué suerte, está tranquilo? — comentó doña Manuela. Y acunada por los ronquidos y el rumor de la noche, se le fueron cerrando los ojos, aflojando los brazos, "murriendo la vida", y cuando ya se sentía aflojada por los primeros flecos del sueño, Faustino empezó a sollozar.

—Habli. Soñaba.

Al rato, desesperadamente llamaba a su mujer. Le rogaba que no lo dejara y le inquiría: ¿Porqué, porqué te fuiste? Tembó doña Manuela. —¿Cómo! ¿Porqué te fuiste? Y pensó para sí: entonces, lo del castigo es mentira.

Faustino seguía sollozando y articulando palabras ininteligibles. Ella se le acercó cuanto pudo. En ese momento le cobró un odio santo al rumor de la noche que le rompía el silencio.

Sentada en el catre, sintió que se le escapaba de las manos la única causa con la cual defendería a su hijo de la maldición de los terceros, para quienes la verdadera razón del "vuelo" de María era esa idiolez con que su hijo vino al mundo.

Taladrada por la duda, decidió jugar su última carta. Se serviría de la inconciencia de Faustino. Y cuando por los sollozos de éste tuvo la certidumbre de que soñaba, le preguntó en voz baja:

—La verdad, Faustino. ¿Le pegaste o no?

Entrecorriendo las palabrás con el llanto, Faustino respondió:

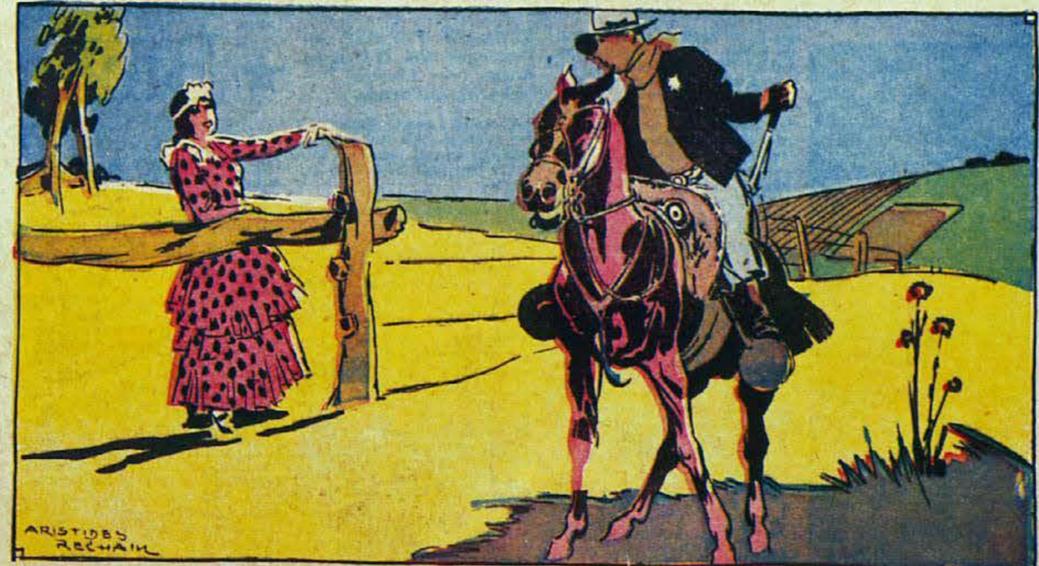
—No, se me pegó; le mentí.

El sueño de Faustino no supo hacer la felicidad de la pobre mujer. Lo que inconscientemente siguió diciendo su hijo, ya nada significaba para ella. Lagrimones espesos le resbalaron por el camión, y otra vez se hundió ese mundo oscuro de las mentiras piadosas, con la ansiedad de quien necesita una para salvar a un ser querido.

Se sintió vencida. Las bocas de todos los vecinos le gritaban al oído:

—Confíese, Manuela; su hijo es un zozco, un flojo; por eso se le fué su mujer.

Y queriendo acallar aquel coro de bocas extrañas, balbuceó: —Tiene razón. Es zozco el pobre. Por eso se le fué... Sí... Sí... Y lloró mucho, mucho, debe haberse quedado dormida.



EL DESPERTADOR DE CONCIENCIAS



por
ALBERTO NIN FRIAS
ILUSTRACION DE SORAZABAL

—Y está Ud. segura, mi simpática interlocutora, de poseer todo esto que Ud. tanto admira en los demás?
—No esperaba salida tan abrupta de un tan atildado caballero. Como todos los hombres, es Ud. hiriente con las mujeres cuya frescura está pasando... y los ojos de la solterona se nublaron de lágrimas. Experimentó entonces esa sensación de lontananza que había hecho perder su aplomo a la Hodler. Hubiera deseado desaparecer, tan falsa y vana se sentía bajo los afeites y los vaporesos tules, impropios de una juventud que había durado ya mucho tiempo.
Como adivinándola, Von Stolz, prosiguió: Debemos dar cuenta

del empleo de cada momento. Como las estaciones, nuestra vida tiene cuatro aspectos: no podemos vivir en el otoño como lo hicimos en la primavera incitante y amable. Llámase en Inglaterra a los atardeceres otoñales, tardes de oro, y así se me figura ésta, su edad, en que se debe impresionar a los demás como dueños de nosotros mismos...
Por toda respuesta la señorita Zamora, asaz conmovida, exclamó acerbamente: Buenas noches!

"Ahora será nuestro turno", observó Cuenca a su compinche del Solar.
Desapacientemente comenzó el anciano a contar un cuento: en una ciudad de Persia se habían reunido tres estudiantes moscos. Eran huérfanos a su modo, y después de no menudos sufrimientos, comprendieron que solos no adelantarian en el mundo. Resolvieron vivir juntos y poseer todo en común. Llegó la hora de separarse, y a uno de ellos ocurriósele el pactar solemnemente que aquél que más prosperase de los tres, llamaría a su lado a los otros dos para compartir su fortuna...

Al principio de este apólogo se cruzaban entre los dos camaradas, risitas y ojeadas picarones. Luego, cada cual empezó añorando su infancia feliz, a su adolescencia llena de ensueños generosos y a la juventud, en cambio, llena de sombras y fallas. Traiciones, deslealtades, admisión al poderoso y menoscabo de sus méritos al dervaldo talento, de todo ello había habido en abundancia en estos adoradores del azar.
Prodújose un silencio penoso: la nostalgia ronda por todo, cosa exquisita. Sin muchos cumplidos, cabibajos, sendos dieron las buenas noches.
Ello puso fin a la primer jornada del extraño personaje.

Deslizáronse cada vez más apacibles los días de los huéspedes heterogéneos de la Pensión Hodler. La perenne visión de otro mundo, traída sin violencia por von Stolz, aún más elocuente en sus largos silencios que en sus pláticas, hizo lo que el agua al acero candente, templó las almas y renovó la confianza que cada uno tenía en sí mismo. El optimismo había renacido en el ambiente. Semejaban los huéspedes seres como vueltos a la vida después de una penosa dolencia.

Repuesto ya von Stolz, pensó en la partida. Iba a dejar la casa, tan inesperadamente como había entrado en ella. Solo Juanita, la doncella, conocía a fondo su secreto. Ella habría de acompañarlo desde ahí en adelante. Ella fue quien le abrió la puerta, con ella, la franquicia para siempre. Ya todo estaba listo para la vuelta a Alemania.
Era la víspera del partir. Halló el anciano a Graziela en el pasillo, e imponiéndole un oportuno silencio, díjole: Me quiero despedir de Ud. Tengo la certidumbre que muy luego se casa usted y, será feliz.

—No le he de olvidar jamás, replicó ella muy conmovida. He de responder a la voz de mi corazón.
En el jardín encontró a la señorita Zamora. "No le dejaré a usted un mal recuerdo, cuando me ausente."
Con intensa emoción ella asió con fuerza la mano del extranjero: Antes al contrario, noble amigo. Le debo a usted un señalado servicio. ¡No me hizo Ud. comprender que se puede continuar agradando cuando ya se han marchitado las mejillas y apagado el poder centelleante de los ojos? Estoy convencida de que cuando cesa de interesar el físico, puede comenzar a atraer el alma. Los recuerdos, la experiencia, la sabiduría, forman una nueva personalidad.

En las primeras horas frescas del amanecer, cuando las estrellas van apagándose, la pesada puerta de la pensión se cerraba para siempre tras el anciano y Juanita, que de ahí en adelante, sería su hija adoptiva.
Delante atrás, en el recuerdo luminoso de una bondadosa sabiduría, algo imprecadero, realizándose así acaso la verdad: que en lo espiritual nace lo que hay de mejor en nuestro ser.

El mundo necesita hoy más que nunca de bondad y entera comprensión. Era este el postulado que traía desde la Europa sombría, Enrique von Stolz, hombre de una edad indefinida, cuya sabiduría se resolvió en una grande y atractiva humildad. Su porte erguido era el de un militar habituado al mando. No siempre había poseído el misteriosa confianza en sí mismo. La guerra le había arrebatado a sus dos hijos y a su esposa, y con ellos se había ido su orgullo desmedido y aparecido en su lugar, una bondad que suplía a la más alta inteligencia, por su poder de dominio sobre los demás.

El transatlántico "Antonio Delfino" acaba de llegar. Von Stolz ataba a Buenos Aires como a un enigma. ¿Cómo corresponderá la urbe a su bondad? ¿Será la humanidad idéntica en todas partes? Hablando pasado por la enojosa Aduana, el anciano joven se hizo llevar a la Pensión Hodler, en Belgrano. Al ser preguntado el vigilante por esta última, emitió este juicio inapelable: —Y va a parar Ud. a lo de esa lechuzca pintarrajeada:

A lo que replicó el anciano: —Es sin duda una viuda una pobre mujer de la cual todos han querido abusar, y siguió su camino.
Resueltamente llamó a la puerta de una antigua casa de tres pisos. La otrora señorial mansión estaba en su período trágico-comico. Una joven criada, de esas que son duramente tratadas porque no se les paga, abrió la puerta. Ocultando tímidamente el sucio delantal, miró asombrada los dulces ojos del visitante. Apenas articuló: "¿qué desea Ud., caballero?" — cuando intervino la agria voz de la señora Hodler. Mientras se retiraba la doncella el anciano golpeó pacientemente a la joven: —Vete hija!, quién tuviera tu inocencia y tu juventud!

Dominando el odio a Juana, la viuda se hizo de dignidad bondadosa. Mientras maquinaba subir el precio del cuarto, musicalizó un: ¿en qué puedo servir al caballero?

El anciano la penetró de la luz de su bondad, hasta ponerla a aquella nerviosísima.
—Conoció a su difunto esposo en Hamburgo; todo un caballero, noble, sincero, generoso...
—¿Dónde habría ella visto a este rostro? Le sugería todo un mundo de recuerdos. Se sentía mezquina y anhelosa de sorprender la buena fe de sus clientes.

Vengo de Alemania para desasnar a esta tierra de la abundancia. Encontraré aquí al hombre bueno? Necesito un cuarto modesto, comida sana, caridad para mis defectos.
—El único cuarto disponible es el ocupado hasta poco ha por una viuda de abuelo, venida a menos. Su precio... ciento cincuenta pesos, pero como fué amigo del difunto (aquí caen copiosas lágrimas) se lo dejaré en ciento treinta...

—Ha adivinado, soy pobre. He tenido hartito que pagar tributo a las apariencias.

Es la hora de la cena. La Hodler se ha instalado muy peripuesta en un gran butacón; finge leer. Es la señal que esperan los huéspedes para entrar al comedor. Con andar teatral aparece la señorita Zamora Vega. Delata estar entroncada con gentes de gran fortuna, que si bien las desdennan por ser pobre, ella en cambio los recuerda en todo momento. Rouge, melena, creme Simon: hela aquí con sus cejas lineales. Cruza por su cerebro de solterona sin resignación, la idea de que el novel caballero pudiera acaso resultar un aspirante a su mano.

Avanzan de la calle una pareja entrada en años. Evidentemente son casados, pues no tardan en aparecer el perro y el gato que cada uno lleva consigo, cuando se vive en estrecha enemistad. Dificultades financieras inabarcables, han agriado el carácter de estos tortolos fingidos. El casar a su hija Graziela es su constante preocupación, pues su porvenir va envuelto en la venta matrimonial de aquella con un lejano pariente millonario. La naturaleza ardorosa había dispuesto en otra forma del corazón de la moza. Se debatía ella entre lo útil y lo agradable, en forma de un apuesto y atrevido empleado de banco.

Prorrumpen bulliciosos dos atletas modernos, patoteros, más no del género sentimental, casas humanas de más fachada que fondo. Entra luego arrogante un viejo cronista social. No era fácil entrar en su "libro de oro". Su más acabada especialidad, después de las líneas recordatorias de las fechas íntimas, eran las reseñas necrológicas, en que adornaba a los extintos con todas las virtudes, sistemáticamente negadas, mientras habían existido. De tanto derrochar amabilidades, Antonio Pujares se había quedado sin virtudes y sin pizen de sentido común. Contaba a su vez que la marquesa X tenía cuatro aparatos internos y que la viuda Y llegaba en las desgracias, inmediatamente después de la Amistad Pública.

Tras unas gafas de oro reluciente irrumpió un individuo de unos cuarenta años; coronaba su testa, pretencioso "toupet". Era este huésped, Mr. Thebes, como se le apodaba, mezcla del mundano y del restacero que quiere pasar por rico a toda costa.

Al columbrar a von Stolz que bajaba, la Hodler echó una mirada de conocer sobre sus huéspedes y les invitó a pasar al comedor. No bien se hubieron instalado, comenzó la diseción del recién llegado.

"¿Qué caballero más distinguido", musitó la señorita Zamora Vega.

Los mozos de contextura atlética se miraron de reojo, mientras especulaban en qué combinación podían incluir al anciano de aspecto tan inofensivo.

El coronel retirado y su consorte cuchicheaban muy queco, más o menos sobre este tema: de dónde habría salido este incauto para haberse reintegrado en esta guardia de fundidos.
Por vez primera el psicólogo, se abstuvo de hacer su horóscopo, sentíase más bien inclinado a preguntarle al anciano muchas cosas que ignoraba y para las cuales su confuso saber, no hallaba la respuesta adecuada.

El cronista social repetía sin tregua el apellido del huésped. "No me suena" — se decía —. Ello no obstante, su caballerosidad le hacía presumir fuese un príncipe destronado o un ex dignatario del desaparecido Imperio Alemán. "Daré la noticia de su arribo, en "El Espejo de la Patria", aseveró para sus adentros.

Mientras servía, Juanita experimentaba cada vez más la fascinación del extranjero, cuyo trato le hacía pensar en cuanto había carecido en el Asilo de Huérfanos y le faltaba en su actual situación; alguien por quien desearía poder sacrificarse.
La fruta ha sido servida. Se pasa al salón a gustar del café. Von Stolz se dirige a Graziela: por qué no toca el piano, señorita? Interpreta ella entonces tan apasionadamente un "romance sans paroles", que el anciano lee sin dificultad en su torturado corazón, y le dice: El verdadero amor, aquel que se recuerda durante toda la vida como lo más maravilloso que ella nos puede dar, se nos presenta siempre como algo ineludible.

Signa su corazón; de todos los caminos es el menos peligroso. Y defendiéndola pensativa se fué a conversar con la señorita Zamora. Intensificando sus artes de seducción, díjole esta última: Me atreveré a decirle que Ud. me atrae? Me gustan los hombres caballeros: francos, nobles, distinguidos.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



EGLOGA ANTIGUA



EL RAID DE LOS DOS



UNA ACTITUD HEROICA



Las Danzas Frenéticas de los Negros

por
L. Pereda Valdés

Ilustración de Güida

UNA noche de verano carioca. El calor sale de la tierra como el cráter de un volcán. Todas las cosas están impregnadas de una atmósfera sofocante, irrespirable. La bahía de Guanabara allí a lo lejos como una lámina de metal indiferente acumula toda la frescura del mundo. En la plaza Once desde temprano empiezan a llegar las comparsas (bloques) de los negros. Me pierdo entre un millar de negros. Es una ola de ébano que todo lo invade.

—E tumba moleque tumba. —se oye cantar a lo lejos.

Es un coro de negros. Negras con trajes de vistosos colores. Bahianias airozas, bien plantadas, con chinelas en la cabeza, otras llevan copones de plata, símbolos de la superstición africana. Collares de cuentas de colores, con cuatro o cinco vueltas, como serpientes que parecen enroscarse y sofocar los cuellos amplos de las morenas.

Al son del monótono cantar, e tumba, moleque tumba, corriendo por cien voces agudas de mujer y por los bajos profundos de las voces masculinas, sale el "malandro" a desfilar a su contrincante. El batucque es la danza del desafío. El malandro, después de mirar a todos lados, elige su víctima y le aplica la "banda" — un paso de voleo, con el que empuja o hace caer al bailarín escogido. Sigue la danza. Los negros van

de cartón al hombro... lo tomo para un apunte.

Y es ahora, realmente, cuando veo el sentido religioso de esta procesión que empieza a desfilar ante mis ojos.

No es un simple "bloco" más o menos heterogéneo. Hay en él, en cierto modo, una estudiada organización tendiente a manifestar los distintos aspectos del alma del negro por medio de símbolos. No es un desfile: es una procesión en la que se exterioriza el misticismo salvaje. Adelante viene un grupo de cien legionarios romanos, con sus cascos característicos, sus cortas espadas y un aire solemne y majestuoso. Un negro corpulento viene detrás, con un mandoble que esgrime con ambas manos. Hace círculos en el aire, ritos de macumba e y o significado sólo él conoce. Animales salvajes embalsamados son llevados en andas. Son los totems de las tribus adoradas otrora por los abuelos de África, reminiscencias orales que reaparecen en carnaval, aprovechando la efímera libertad de esos cuatro días de locura colectiva. Piernas y brazos son los amuletos que aseguran la defensa contra la mala suerte, y el negro tiene tan poca suerte que busca siempre los medios de garantizarla, y cuando la encuentra la buena suerte canta, como en aquella canción americana: This is my lucky day. Los peregrinos de este rito carnavalesco llevan sublimes símbolos de flores que se mueven en el aire, como en las pro-

perioridad de razas. El negro se siente solo y danza con sus hermanos de raza y aquellos que aman sus danzas, que sienten una simpatía humana por la raza, deben ir a buscarlos a aquella plaza Once, que, por curiosa coincidencia es un barrio judío, con sinagoga y gente rubia. Mera coincidencia o es que las razas perseguidas por nuestros odios de blancos se han juntado para aislarse más aún.

Otra vez me encuentro perdido entre el negrerío.

Ahora es una comparsa inmensa que me arrastra a la deriva. No sé para dónde abrimos camino, como Dante me halló en medio de una selva oscura. Una selva con olor a África. A mi lado una negrita cimbreante se contornea frenética. Es una danza loca de ritual. Una negra vieja me echa una mirada que parece de hechicería, como si la hubiera estudiado en la macumba. De noche tengo una pesadilla. El calor, los negros... Pasa un negro grandote con una culebra



pasando por la ronda, miran y se quedan. Después otros vienen y se van, pero no es el canto y el baile hasta el amanecer. Siempre incansante, siempre monótono. No conocen el cansancio estos tiempos humanos.

La danza, la música y el canto — los tres elementos del batucque, se oyen en la noche del carnaval carioca en este stadium negro de plaza Once. Es allí donde hay que ir para apreciar la legítima danza guerrera que han adaptado de los abuelos africanos estos negros brasileños. Hay golpes secretos que pueden causar daño a los bailarines. La policía los prohíbe, pero la tradición del negro, también los respeta. Esos golpes prohibidos son como aquellos que de mala ley pueden usar los boxeadores pero que la tradición pugilística ha ido arrojando de los rings. Lo que más interesa al negro es esa atmósfera de danza con que se embriaga. El negro quiere danzar, no pelear. El compadre está a muchas millas del negro. Quiere olvidar el dolor con la danza. Hay una canción negra que dice en su letra melancólica:

O día e pra trabalhar a noite pra batucar. negro trabalha todo o dia negro querê batucar...

El negro quiere batucar. Y los batucqueros de plaza Once me producen esa sensación formidable de que el negro quiere olvidar con la danza su dolor de explotado, el de sus abuelos por la brutalidad del "fazendeiro" feudal, el de ahora por el industrial, esclavitud como la anterior que une al dolor de la explotación una mentirosa su-



cesiones orientales cuando el pueblo sale para recibir al rey, y hay negras que conducen vasos sagrados en la cabeza, a manera de ofrendas de un idolo africano. Un negro oficia de solista entonando un canto de macumba, que tiene todas las características melódicas de los "spirituals", melodía lánguida, arrastrada, un lamento continuado en que el coro responde y el tambor marca el ritmo, mientras el conjunto de las "cucucas" alarga su quejido profundo...

—Macum bebê.
—Macum barilê.

Libros Recibidos

NOSOTROS (Revista de Arte y Letras). — Artífice y versos de Enrique Mailla, Fernández Moreno, Pablo Grioli, Francis de Mionandre, Angel Acosta, Isaac Carvajal, etc., y una carta de Raúl Scalabrini Ortiz.

ARTURO LORUSSO. — "Fuego en la Montaña" (Novela). — Edit. Peña.

PEDRO COSCIA. — "Las Revelaciones Supremas". — (Prosa). — Edit. Inter-cambista.

SAMUEL EICHELBAUM. — "El Viajero Inmóvil" (Prosa). — Editorial Argentina — Uruguay.

ROBERTO VALENTI. — "Domingos del Tiempo Bueno". — (Versos). — Librerías Anacoada.



Voces

por
Pedro Herreros

No es igual engordar que estar bien. (Palabras de un enfermo en la sierra).

El hombre no es malo. Es peor.

La palabra "inventó" es una de las tantas presunciones del hombre. El hombre no inventa nada. Descubre.

Por el camino del robo se va a la riqueza. Por el de la virtud, al hospital.

Cásate con un militar porque el militar es un profesional que mantiene a la mujer rico y muerto. (Consejos de una madre).

Llevo veinticinco años trabajando — en tu asistente, ahincadamente, heroicamente. Y no he logrado hacer fortuna. Esto me hace pensar que cualquier trabajo es más lucrativo que el honrado.

Dime qué pendiente llevas y te diré en qué grado de civilización estás.

Hay países en que a la mujer, para domesticarla, le ponen una argolla en la nariz.

La mayoría de los hombres esperan a casarse después de estar cansados de correría.

Aquel hombre libre, aquel viajero ilustre, llegó a aquel país emancipado con la ilusión de encontrar una nación de hombres libres. Y rió que sólo había cambiado la decoración y los personajes.

Hay muchos corazones generosos y muchos cerebros privilegiados que sueñan con el comunismo. Yo hace tiempo que lo practico. Desde que empecé a publicar libros, no he hecho más que regalarlos.

El vapor, el ferrocarril y demás vehículos de transporte, han sido inventados para que el pobre se quede en su casa.

En la Grecia clásica, el acreedor tenía derecho a que el deudor vendiera los hijos para satisfacer la deuda. Si la renta de los hijos no bastaba para cubrirlo, tenía el derecho de vender al deudor. Esta Grecia, como puede suponerse, no era la Grecia de los artistas. Ni la de los filósofos. Era la Grecia de los legisladores.

Un poeta, a quien su liberal profesión, le da de 10 a 15 pesos mensuales, cómo se va a comparar en importancia social, con un vigilante, pongo por ejemplo?

Hay filósofos estúpidos como Kant, que aseguran que el rasgo distintivo del español es la extravagancia.

Aquel albañil había hecho 5 casas y había participado en la construcción de 500. Y él vivía en una pieza, pagando alquiler.

En nombre de qué, en nombre de quién, un hombre puede explotar a otro?

Museo de la Confusión

por
Anímula Vágua

ILUSTRACION DE RODRIGUEZ

El domingo 17 de diciembre, en cierto papelón mitrero, se hizo presente un artículo bautizado Este pueblo necesita restablecer la jerarquía, escrito por el jerarca Manuel Gálvez. Extraigo algunos párrafos:

Al Congreso han ido no pocos ignorantes; individuos analfabetos o semianalfabetos han llegado a ocupar empleos de relativa importancia; personas sin cultura especial han asaltado la enseñanza secundaria. Para algunos gobiernos fué un título el llevar un apellido conocido o pertenecer a los grandes clubs sociales.

No veo por qué motivo el escritor Tálvez se sulfura tanto por esas personas sin cultura especial que asaltaron para dedicarse a la enseñanza y menos aun, como lo dice, secundaria. Estoy con el escritor en que se debe alejar del gobierno a todos los apellidos conocidos. Ya estamos hartos de Pérez, González, Fernández, Rodríguez, García, etc. En lo sucesivo gustáremos de otros menos comunes y conocidos: Yogi, Ramacharaka, Bab-el-Mandeb, Bramaputra, Max Rhode, Numa Pompilio, Cadizmo y otros miembros de los atómicos centros recreativos y clubs sociales de la capital. Continúa el jerarquista:

Igualmente nefasta, si no más, ha sido la obra del periodismo sensacional. Durante treinta años se ha estado interrogando sobre los más complicados y los más graves problemas mundiales — económicos, políticos, sociales — al hombre de la calle, al primer sujeto que pasaba frente a las redacciones. ¡Monstruoso culto de la incompetencia! Individuos que apenas saben leer, opinaban sobre el tratado de Versailles o sobre la pena de muerte.

No creo que treinta años atrás las personas se preocuparan mayormente del tratado de Versailles y dudo bastante de las cualidades legibles de la pena de muerte. Me parece excesivo también el transformar a los analfabetos en sermoneados como pretende el señor Gálvez, que no es mudo. El jerarquico sigue:

La jerarquía no se opone a la igualdad. Todos somos iguales ante la ley y ante Dios. Todos somos iguales en la calle, en el tranvía, en el cinematógrafo. El que ha cometido una estafa debe ir a la cárcel, aunque lleve un nombre ilustre. Pero cada cual no debe opinar públicamente sino sobre lo que sabe, y cada cual no debe aspirar sino a las posiciones que es capaz de ejercer.

Que todos somos iguales ante la ley y ante Dios, lo aceptaré para no alargar demasiado esta sección. En el cinematógrafo estoy dispuesto a concederle alguna similitud, siempre, claro, que

no sea en los entre actos. En la calle, sobre todo Rivadavia, las personas que ocupan el guarismo setecientos y las más alejadas por el once mil quinientos me han parecido generalmente iguales a la distancia y yo también me he parecido igual en cualquiera de esas latitudes. En el tranvía la cosa cambia. Recuerdo que una vez que tomé el nocturno a Belgrano y que la capacidad para treinta y dos pasajeros sentados estaba ocupada por: treinta y tres orientales parados; All Bahá y los cuarenta ladrones a costados; Calixto Oyuela, el negro Raúl y Saturnino de Alaga Unzué, colados; un general del Ejército de Salvación, tres dominicos, dos vigilantes, un escritor y Chita de Leonardo preocupados, supe distinguirme de los orientales, All Bahá y Cla, del negro Raúl y de Chita de Leonardo, siendo confundido apenas con un vigilante, Calixto Oyuela y dos dominicos. Sobre el que cada cual no debe aspirar sino a las posiciones que es capaz de ejercer, estoy de acuerdo y sobre todo si se trata de ejercer un premio Nobel o un nacional de literatura.

Más tarde el escribidor nos da la fórmula del verdadero jerarca:

Tan necesario es el ministro como el barrendero, el escritor como el vigilante. "Cada hombre en su puesto", es la fórmula de la jerarquía.

Los últimos censos de ministros y barrenderos nos han demostrado hasta el cansancio que los barrenderos son mucho más necesarios que los ministros. Contra apenas ocho de estos personajes ostentamos varios centenares de barrenderos. En cuanto al escritor y al vigilante, los considero completamente innecesarios, aunque en caso de optar por alguno de ellos prefiero leer al vigilante y fugarme del escritor jerarquico. Para terminar ofrezco otras entrelíneas del escritor:

Igualmente cumple el émbolo que el pequeño tornillo. Que sea jefe el que tenga aptitudes para mandar y para realizar. Los demás cumpliremos nuestras funciones alegremente, como soldados de un regimiento en marcha.

Tengo poca experiencia como soldado de un regimiento en marcha, pero puedo decir que la única vez que se me presentó la oportunidad de caminar alegremente con máuser, mochila, ma-

chete, bolsa de víveres, pala y determinados arneses, fingí una leve enfermedad y regresé tristemente en un tranvía Lacroza desde Campo de Mayo hasta las adyacencias del Colegio Militar en San Martín. Más tarde fui muy felicitado por mis compañeros, e íntimamente envidiado por el cabo ranchero, los edecanes, el jefe del cuerpo y algunos desertores.

En el cuento "Mi hermana y yo", de María Serrano Vermejo, publicado en "La Novela Semanal" del 4 de diciembre, me llamó la atención el siguiente pasaje:

Cenamos opíparamente. Circuló el Sauternes siguiendo a los cocktails y perseguido por el champagne. Apenas probé los licores.

No me extraña que la señorita Serrano Vermejo apenas haya probado los licores, pues ese accidente le hubiese ocurrido a cualquier invitado a una comida familiar donde la sopa jugara a las cinco esquinillas con el pan francés, la ensalada a la mancha venenosa con el petit

filet y al estofado se le diera por gritar a voz en cuello: piedra libre para la omelette que está debajo de la alfombra.

En la misma revista, explicando lo que fueron los santos en el mundo, encontré lo que sigue:

Imperando en Oriente Maximino, hubo en la ciudad de Nicomedia un caballero noble y poderoso llamado Dióscoro, hombre feroz y muy dado al culto de sus falsos dioses.

Caballeros nobles y poderosos como Dióscoro hemos tenido varios: Cuitiño, Hormiga Negra, Juan Cuello, José Félix Uriburu, Santos Godineff, etc. Lo que me extraña en Dióscoro es ese berretín por adquirir falsos dioses a pesar de su poderío, en lugar de exigir el verdadero Buda de oro, el Billiken de plata ochocientos, el velloncino de platino, la chancha y los veinte de marfil y el Juan de Dios Filiberto de jaspé.



NUESTROS COLABORADORES

JOSE GABRIEL, autor de "Defensa e Ilustración de las Artes", "Evaristo Carriego", "Salvaciones", "Bandera Celeste" y otros libros. Polígrafo. Su nombre ha sido difundido por las principales publicaciones nacionales y también ha colaborado en varias del extranjero. Ejerce el periodismo hace ya muchos años. Reside en La Plata, donde es profesor.

ALBERTO NIN FRIAS acaba de cumplir un cuarto de siglo de actividad literaria. Sus libros han merecido el elogio de Gregorio Marañón, Havelock Ellis, Jacinto Benavente, etc. Autor de "Alexis", "El culto al árbol" y otros libros de ensayos. Es profesor de las universidades norteamericanas. Vive actualmente en Villa Ballster.

PEDRO HERREROS, poeta y periodista español, Autor de "Buenos Aires grotesco". Hace tiempo que vive en nuestro país, en cuyas principales publicaciones ha colaborado. Vive en Unquillo, provincia de Córdoba.

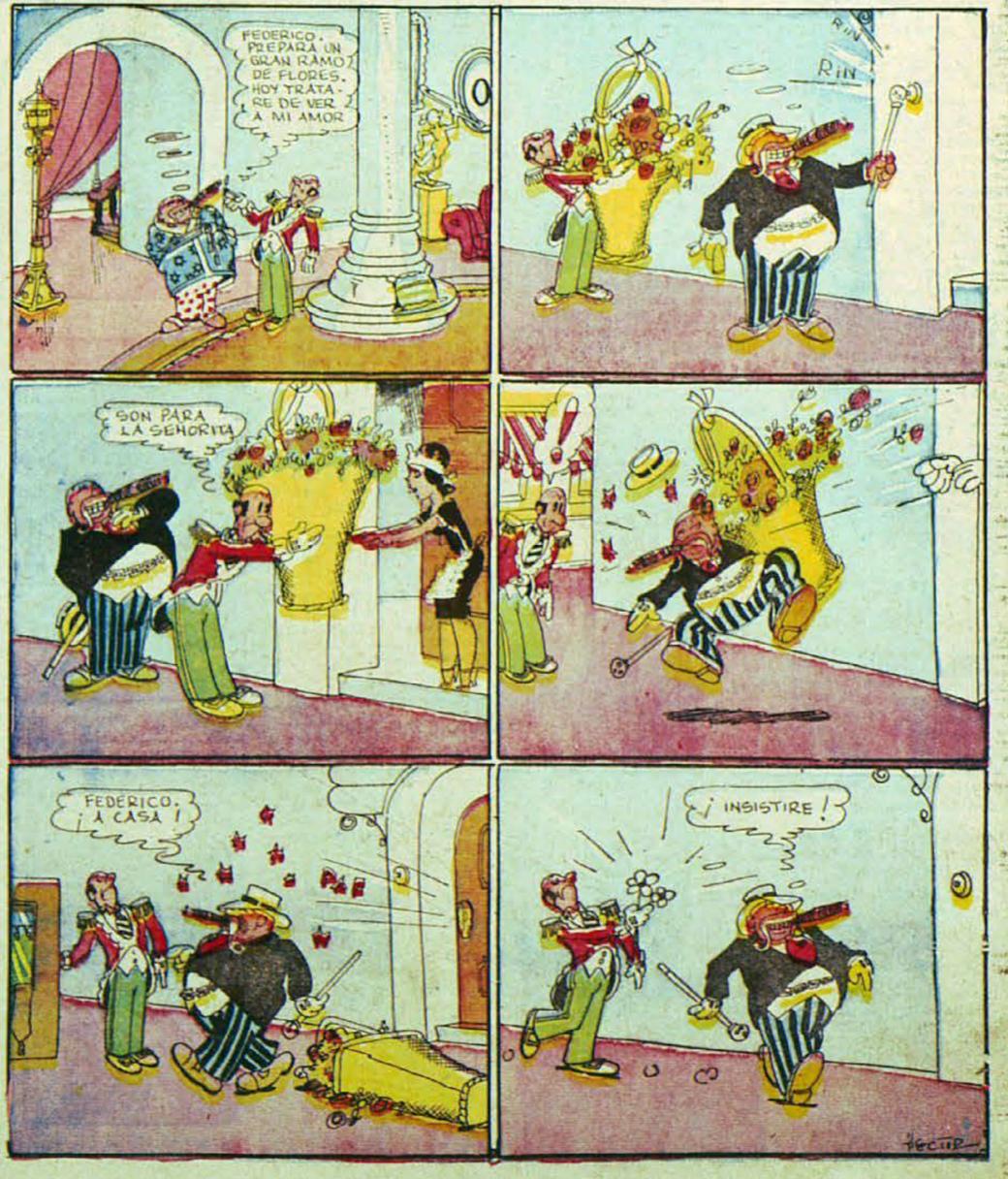
FERNANDO ROBLES pertenece a una antigua familia mejicana. Realizó sus estudios en París, Londres y Nueva York. Publicó en España una novela prologada por Marcellino Domingo. "A la sombra de AIA". Se vio obligado a exiliarse de su patria a causa de haber encabezado una rebelión local contra el gobierno. Enviado especial de CRITICA a la Conferencia Panamericana de Montevideo.

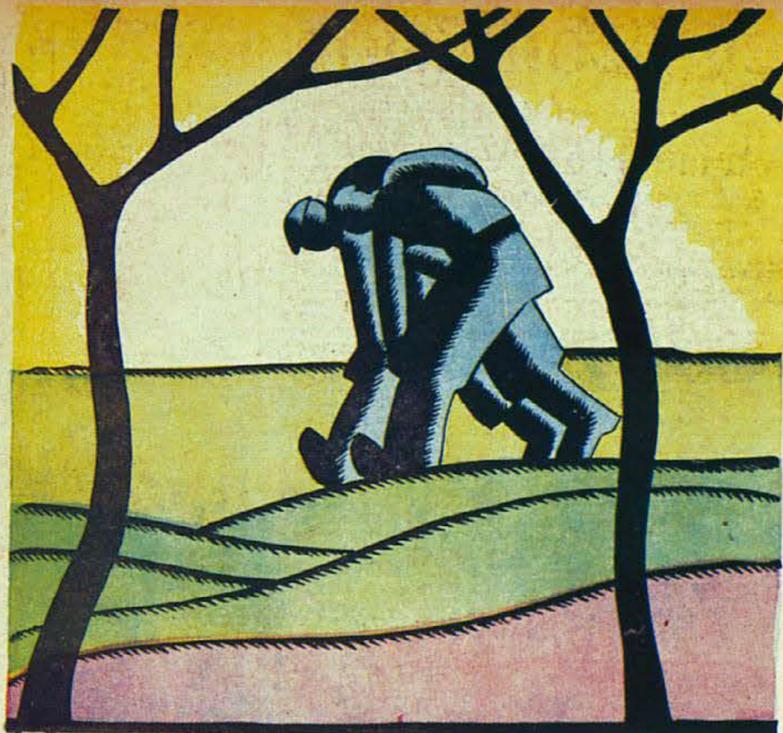
VENANCIO MONTIEL, joven autor teatral que se reveló con la intensa obra "El Montañero", Entrerriano. Domina los temas de ambiente campero. Vive en Buenos Aires y prepara un viaje a los canales fueguinos.

RICARDO PARGAGNOLI, dibujante y escritor, inventor y matemático. Nació en Roma. Ha recorrido Europa durante la guerra y luego viajó por el Paraguay y la República Oriental.

El Nuevo Rico

por **H. Rodriguez**





El Hombre que yo

LO maté el 15 de octubre de 1917, más allá del Chemin des Dames, en una pequeña trinchera, de aquellas que en los tiempos de la guerra llamábamos "las paralelas de la partida".

(Se acuerdan? Esos fosos de un metro de profundidad, y menos anchos que profundos, que se alineaban frente al enemigo, antes del combate, las primeras tropas de asalto...)

Maté



Es allí que yo maté al hombre en cuestión. Un francés...

Esta no es una historia complicada: Era yo capitán e iba a ascender a comandante. Me aburría como nadie podrá nunca imaginario, salvo los que se aburrieron conmigo... Los que estuvieran conmigo junto al "aburrimiento", no al enemigo; el enemigo, en comparación con el aburrimiento, no era gran cosa. No se atacaba frecuentemente en tiempos de la gran guerra: dos veces por trimestre, quizás, y el resto del tiempo las tropas a las que pertenecía se quedaban en reserva, es decir, acantonadas atrás, a cubierto. No conocíamos la agonia lenta de las primeras líneas. Pero conocíamos el aburrimiento.

Para sacarnos de este incommensurable aburrimiento, el comando hacía todo lo posible. Eso no era gran cosa: reconocimientos, estudios sobre el terreno, planes de ataque ficticios, más reconocimientos... y así de continuo.

El 15 de octubre de que les hablo se trataba, justamente, de un reconocimiento. Habíamos partido en auto Jean Valme y yo, para apreciar sobre el lugar las posibilidades que tenían nuestros tanques (cada uno de nosotros comandábamos una batería Schneider) de pasar o no pasar no sé qué pendiente, derecha y llena de haches. El reconocimiento en esas condiciones no ofrecía, seguramente, más que una utilidad relativa: nuestro auto, abandonado al pie de la pendiente, no pudo subir y apenas si nosotros lo conseguimos por nuestros propios medios. Era evidente, pues, que los carros de asalto se quedarían a mitad de camino. Se los mandó, sin embargo, a pesar de nuestra opinión, ocho días más tarde, y se quedaron a mitad de camino, tal como lo habíamos adivinado y previsto. Es fácil ser profeta en semejantes casos.

Pero es justamente en la cima de esa pendiente donde yo maté el hombre. Si, el 15 de octubre. El 15, no el 23; no el día de la batalla sino el del reconocimiento.

He aquí cómo, si la cosa les interesa:

Les he dicho que nos costó mucho trabajo, a Jean Valme y a mí, subir a pie la pendiente. Cuando llegamos arriba jadeábamos. Estaba pesado y caliente. La meseta que estaba al fin de

la pendiente, desnuda como el Sahara, no ofrecía ni siquiera el resguardo de esos esqueletos de árboles que son toda la vegetación de los campos de batalla. Nos internamos por un camino de piedra, barro líquido y agua estancada. Caminamos por el cerca de tres cuartos de hora sin percibir alma viviente; las trincheras escondían estrictamente sus ocupantes. Pero al final del camino, es decir, en la paralela de la partida, vimos, de golpe, una criatura humana: un soldado, naturalmente, un imaginaria de línea. Estaba sentado en la paralela, sobre la tierra, para que su cabeza no sobresaliera del parapeto. En los alrededores no se sentía nada, ni siquiera un tiro de fusil. El enemigo, no por ello, dejaba de estar próximo, de rechamante delante; a cien metros, a cincuenta, quizás. El enemigo estaba escondido en su agujero, como nosotros en el nuestro. A derecha e izquierda no había sino barro amarillo y gris. La trinchera contenía dos montones de granadas de mano. El hombre, el imaginaria de línea, se mantenía cerca de los dos montones. No se movía, como es natural: tan cerca del enemigo es malsano moverse. Jean Valme y yo estábamos forzados a arriesgarnos: el servicio ante todo. Pero una vez hecho nuestro reconocimiento, no teníamos más que dar una media vuelta para despedirnos de ese paisaje insalubre. El centinela, en cambio, tenía que permanecer. Antes de darse vuelta como nosotros hacia horizontes menos siniestros, hacia terrenos donde se podía circular libremente, con la cabeza alta, sin estar casi seguro de morir en seguida, le era preciso esperar los relevos lejanos y problemáticos, la llegada de otros hombres, de otros soldados de línea. ¡Istos para to-

mar la guardia en su lugar y librarlo de la presente pesadilla. Porque aquello era una pesadilla, una realidad fuera de toda comparación: el barro amarillo y gris bajo el cielo pesado, la trinchera semi-inundada, los montones de granadas a derecha e izquierda, el hombre como petrificado y el silencio sobre todo esto, el absoluto, increíble silencio...

A pesar de todo seguimos marchando Jean Valme y yo. El ruido de nuestros pasos nos molestaba confundidamente. El hombre nos sintió venir de lejos. Giró los ojos, sin dar vuelta la cabeza, y no hizo más que levantar la mano para saludarnos cuando nosotros pasamos cerca suyo; la paralela era estrecha, como ya lo he dicho. Entonces Jean Valme me dijo:

—¿Vamos más lejos?
—Y yo le respondí:
—No, más lejos está el enemigo.

—Querria, por ejemplo, mirar el terreno entre aquí y allá abajo...

El hombre nos escuchaba. —Mírame — dijo Jean Valme.

El hombre intervino, dirigiéndose a mí: —Mi capitán, desconfie, tienen un 88 justamente emplazado enfrente.

Yo respondí: —¿Qué le vamos a hacer, viejo!

Pero Jean Valme, tocándome con un dedo, agachó la cabeza y me dijo:

—No será para nosotros el 88; cuando tiren nos habremos ido... y será para...

De antemano triste, me mostraba el hombre con un gesto. Yo había comprendido.

¡Pero qué le iba a hacer?

Y puesto que era preciso mirar... pobre, pobre muchacho!... ¡En fin!... Puesto que era preciso mirar, me levanté de golpe. Jean Valme se levantó también. Miramos. El terreno era plano, calcáreo, cubierto de agua. A la derecha, tan sólo, estaba alambrado. Se podía atacar corriendo por la izquierda. Pero el ataque costaría.

Y le dije a Jean Valme: —¿Has visto? ¡Yo también! ¡Ahora en retirada!

Después, pasando delante del hombre... ¡condenación! yo dudaba de lo que podría acontecer... Le saludé el primero y le dije:

—¡Adiós camarada!

Estábamos ya en el camino cuando, detrás nuestro, el trueno de los 88 estalló. No pudo impedirme volver sobre mis pasos, retornar a la paralela de la partida, porque, de antemano, estaba seguro... Jean Valme vino conmigo; también él estaba seguro.

Y, en efecto, en el mismo lugar y en la misma postura volvimos a encontrar al hombre, el imaginaria de línea. Tan sólo que ahora estaba muerto. Un disparo le había abierto el pecho.

[No es así? Soy yo, ciertamente, el que lo maté.]



PELOPONESO SE VA



DESAPARECE EL PROFESOR



JAZMIN DETECTIVE



¡PERSEGUIDOS!



¡SALVADO!



★
Ilustraciones de
Andrés Guevara

★
por
Claude Farrere